

fante, hasta la presencia refulgente de los bienaventurados, hasta el augusto trono de Dios, hasta Dios mismo, y con el buen empleo de nuestro tiempo acrecentar los perpetuos regocijos y los eternos amores de aquellos celestiales habitantes.

Todo esto y mucho más podemos, y por eso el grande Apóstol y la Iglesia nuestra Madre levantan su voz en la Epístola de este día y nos dicen: «*Mirad que andéis cautelosamente, no como necios, sino como sabios; redimiendo el tiempo, porque los días son malos.*»— (*Quoniam dies mali sunt.*)

Así, pues, procuremos nosotros no olvidar nunca estas advertencias de San Pablo sobre el buen empleo del tiempo. Andemos siempre en caridad, en gracia de Dios, y, como dice el mismo Apóstol, *ora comamos, ora bebamos, ora hagamos cualquiera otra cosa, hagámoslo todo por la gloria de Dios* (1), y este será un hermoso medio de emplear bien el tiempo.

Téngase presente que los hombres amadores de sí mismos, que se ocupan con excesivo afán en los goces de las criaturas, en las riquezas, en los placeres y honores de la tierra, pierden su tiempo.

Que los que todo lo encaminan á sí propios, por orgullo, complacencia ó vanidad, pierden su tiempo.

Que los que no hacen nada, ó se ocupan en bagatelas inútiles, y los que trabajan, pero trabajan mal, trabajan para la tierra, y en orden á la eternidad, pierden su tiempo.

Que los que hacen otra cosa distinta de lo que deben hacer, y los que hacen lo debido pero fuera de tiempo, cuando ya es inútil, pierden su tiempo.

¡Oh! ¡Somos criados para la eternidad y vivimos para el tiempo; y perdemos el tiempo con el cual podemos comprar la eternidad! ¿Qué es esto? ¿Hay juicio en nuestras cabezas? Vivamos, pues, como si hubiésemos de morir á cada instante, y trabajemos en cada instante como si hubiésemos de vivir siempre. El tiempo pasado ya no existe; el futuro no sabemos si vendrá para nosotros; sólo tenemos el momento presente. Aprovechémosle bien y estemos seguros que así compraremos el cielo, donde seremos eternamente felices por los siglos de los siglos. Amén.

(1) Sive manducatis, sive bibitis, sive aliud aliquid facitis, omnia in gloriam Dei tacite. (I Corint., X, 31.)

HOMILÍA 1.^a

Para el Domingo XXI después de Pentecostés.

Combate espiritual del cristiano.

AMADOS míos en el Señor: La Iglesia nuestra Madre, solicita siempre por el bien de nuestras almas, nos amonestó en la Dominica anterior encargándonos que andemos siempre con mucha cautela, y con mucha prudencia, *empleando bien el tiempo, porque los días son malos*; es decir, porque en nuestros días hay muchos enemigos de nuestra salvación que intentan perdernos; y hoy, prosiguiendo su maternal enseñanza, nos muestra *la necesidad y el modo de combatir* santa y felizmente contra dichos enemigos de nuestro espíritu. Oigamos como se expresa, en la Epístola de este día, por boca de San Pablo. Dice así:

«*Hermanos: Fortaleceos en el Señor y en su virtud omnipotente. Vestios la armadura de Dios, para que podáis defenderos de las asechanzas del diablo; porque tenemos que luchar, no ya contra la carne y la sangre, sino contra los principados y potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra los espíritus de maldad esparcidos en los aires.*» (Ephes., VI, 10-11-12.)

Tal es, amados míos, la exhortación de la Iglesia, siempre necesaria; pero hoy tal vez más que nunca, porque los enemigos de Dios, de su Cristo, de su Iglesia y de nuestra eterna salud, se multiplican por modo satánico, bramando de furor por aniquilar la Religión de Jesucristo, por destruir su reinado social, diciendo, como en otro tiempo los pérfidos judíos: *No queremos que este reine sobre nosotros.*» (*Nolumus hunc regnare super nos.* Luc., XIX, 14.)

Dos cosas, pues, conviene declarar aquí, siguiendo el texto sagrado de la Epístola:

- 1.^a Que es preciso fortalecernos con la virtud de Dios.
- 2.^a Quiénes son los enemigos que nos asedian.

PUNTO 1.º

ES PRECISO FORTALECERNOS EN DIOS

Hermanos míos: Cosa es sabida de todos y repetida hasta la saciedad, que las naciones contemporáneas se estremecen, y los pueblos meditan proyectos insensatos, quedando los buenos católicos como asustados, diciéndose los unos á los otros aquellas palabras de David: «¿Por qué han bramado las gentes, y los pueblos han meditado cosas vanas? ¿Por qué han tomado parte los reyes de la tierra, y se han mancomunado los príncipes contra el Señor y contra su Cristo?» *Quare fremuerunt gentes?...* (Psal. II, 1-2.)

¡Oh! Esto ya no es misterio; todo el mundo lo sabe. Inmenso clamoreo levantan los impíos en todo el universo, y odiando á Jesucristo, y á su Iglesia, y al Evangelio, porque con su moral sacrosanta reprimen sus pasiones y condenan sus vicios, exclaman á una voz, con las mismas palabras del Profeta: «*Rompamos sus ataduras y sacudamos de nosotros su yugo*» (1).

¡Fijaos bien, amados míos: llaman ataduras á los Mandamientos divinos, que son la salvaguardia de las familias y de las naciones! ¡Llaman yugo al precepto del amor mutuo y sagrado que el Señor quiere nos tengamos los unos á los otros! Llaman yugo á la moderación de las pasiones, y á la represión del libertinaje que aminora los desórdenes y los crímenes de los pueblos! ¡Llaman yugo al reinado suave, dulce y amoroso de Cristo en nuestros corazones, colmándonos de gracias y de dones inefables, llegando su locura hasta el extremo de gritar como los fieros y obstinados judíos: «*No queremos que Jesús reine sobre nosotros.*» ¡*No reconocemos á otro rey que al César!*» (2).

Es decir, que hoy se procura con todo empeño organizar los estados y la sociedad de tal suerte que para nada entre en ellos Jesucristo, ni su ley sacrosanta, ni sus ministros sagrados, ni su religión, ni su culto, despojando á la Iglesia de sus legítimos derechos. Es decir, que hoy se pretende con satánico empeño, descatalogar al mundo, entronizar el paganismo, divinizar la razón, hacer la apoteosis del vicio, ahogando en su germen toda virtud cristiana. Es decir, que hoy se intenta establecer un Dios nuevo, un derecho nuevo, principios nuevos, enseñanzas nuevas, y un nuevo Evangelio,

(1) *Dirumpamus vincula eorum, et projiciamus a nobis jugum ipsorum.* (Psal. II, 3.)

(2) *Non habemus regem nisi Caesarem.* (Joann., XIX, 15.)

el Evangelio de Lucifer con todas sus horrosas y abominables consecuencias. Esto es, carísimos hermanos, lo que hoy se pretende por la mayor parte de los Estados modernos, por más que estamos presenciando el espantoso diluvio de males que han llovido sobre las sociedades así organizadas, «*en las cuales, como en inmenso y asqueroso sumidero, se ha acumulado lo más sacrilego, blasfemo é infame que jamás abrigaron en su seno las herejías y sectas más criminales*» (1).

¿Qué deberemos, pues, hacer los católicos en tan tremenda lucha de reyes y pueblos contra la Iglesia inmaculada y contra Dios y su Cristo?—El grande Apóstol de las gentes, en la Epístola de este día nos da la regla diciendo: «*Hermanos: Fortaleceos en el Señor y en su virtud omnipotente. Vestíos de la armadura de Dios... porque tenemos que luchar, no ya contra la carne y la sangre, sino contra los principados y potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra los espíritus de iniquidad.*» (Ephes., VI, 10-11-12.)

Lo cual es, como si el Apóstol dijera: «*Fortaleceos, hermanos, no por vosotros mismos, que nada podéis ni valéis, sino en el Señor, de quien viene toda nuestra fortaleza. Fortaleceos en su virtud omnipotente, seguros de obtener la victoria; pues si el Señor nos ayuda, nada temeremos, y si Dios está en favor nuestro, ¿quién podrá contra nosotros?*» (2). Es decir, que si Cristo nuestro Señor está con nosotros ayudándonos con su gracia omnipotente, seremos fuertes y generosos, peharemos con denuedo contra todos los enemigos de la Iglesia, y al fin venceremos, porque *las puertas del infierno no pueden prevalecer contra ella.* (*Non praevalent.*)

Pero, ¿cuáles son, circunstanciadamente, nuestros enemigos?—El Apóstol dice que tenemos que luchar no contra la carne y la sangre, sino *contra los principados y potestades, contra los gobernadores de este mundo de tinieblas, ó sea contra los demonios, que son espíritus de iniquidad.*» (*Adversus mundi rectores... contra spiritualia nequitiae.*)

Quiere esto decir, amados míos, que nuestra guerra no ha de ser á los hombres, que aun siendo perversos, son hermanos nuestros y hemos de procurar salvar sus ánimas, sino á los principios malos que sustentan, á las doctrinas anticatólicas que propalan, á las obras de tinieblas que practican...; en una palabra, á los espíritus malignos que llevan en su corazón, y que los impulsan á to-

(1) *Encycl. Mirari vos*, 15 de Agosto de 1832.

(2) *Dominus mihi adjutor, non timebo... Si Deus pro nobis, quis contra nos?*

das las iniquidades que presenciamos, como «*principes y potestades de este mundo de tinieblas*».

Nuestra guerra, pues, ha de ser, no contra el hombre que hizo Dios, y en este sentido es bueno, sino contra el pecado ó vicio que hay en el hombre, y que procede de sus concupiscencias desordenadas, de su voluntad depravada por las pasiones, y del diablo que se vale de unas y de otras, para arrastrarle al abismo de las insensatas teorías modernas, y á las funestas libertades de perdición que antes os dejé indicadas.

Y comoquiera que tales hombres son agentes de Satanás, ó sea instrumentos vivos, libres y culpables, de que el demonio se vale para combatir los fundamentos de nuestra adorable y sacrosanta Religión, y para derrumbar por completo las instituciones sociales cristianas salvadoras del mundo, claro es que, en ese sentido, hay que combatirlos é inutilizarlos, para contenerlos en su iniquidad é impedir que lleven á cabo su insensato propósito de entronizar á Lucifer en los corazones de sus semejantes, con odio eterno á Jesucristo, nuestro divino Redentor.

¿Quiénes son, por tanto, esos hombres enemigos de Cristo á quienes hay que combatir en sus doctrinas, á sangre y fuego, para evitar que envenenen las inteligencias cristianas y corrompan los corazones de los hijos de Dios? Esto es lo que ahora pienso deciros en brevísimas palabras, porque interesa lo sepáis.

PUNTO 2.º

QUIÉNES SON NUESTROS ENEMIGOS ESPIRITUALES

Primeramente; si veis que alguno admite la razón como única fuente de verdad, con exclusión de la revelación y la fe..., no le creáis, es un *racionalista*; es enemigo de Cristo.

Si veis que alguno rechaza el orden sobrenatural, es decir, el fin y los medios sobrenaturales, admitiendo sólo el orden natural, ó sea el fin y los medios naturales..., no le creáis; es un *naturalista*; es enemigo de Cristo.

Si veis que alguno afirma que la fe de Cristo contradice á la razón humana, y que lo que llaman revelación para nada sirve, sino que, por el contrario, perjudica á la perfección del hombre..., no le creáis; es un *racionalista furibundo y claro*; es enemigo de Cristo.

Si veis que alguno alaba á Jesucristo diciendo de El que fué un hombre eminente, un gran filósofo, un gran moralista, un defensor

de las libertades populares... ó bien que Jesús fué el ideal del hombre perfecto, el tipo de la virtud y el modelo de la especie humana... pero nada más, no le creáis; es un *racionalista encubierto*, peor que los declarados; es enemigo de Cristo.

Si alguno dijere que Jesucristo no es Dios, ni enviado de Dios; que la Iglesia tiene un origen y un fin naturales, ó que el Evangelio es un libro puramente humano..., no le creáis; es un *impío*, que expone las doctrinas fundamentales de los racionalistas, ya furibundos ya moderados; es enemigo de Cristo.

Si alguno dijere que los nuevos Estados, antes cristianos, deben reformarse en su organización, para que dependan de la razón sola, sin que intervenga en ellos la influencia moderadora de Jesucristo y de su Iglesia, á fin de que tengan las naciones su natural independencia..., no le creáis; es un *demoledor* de las instituciones divinas, es un racionalista práctico que pretende la *secularización del Estado*; es un pensador á la moderna; es enemigo de Cristo.

Si alguno dijere que es preciso refundir los códigos civiles, según la razón humana; que la política y la administración de los pueblos ha de estar á cargo únicamente de los seglares; que la escuela, y el colegio, y el instituto y la universidad, han de erigirse y gobernarse con entera independencia de la Iglesia; y que los actos principales de la vida social, como los nacimientos, los matrimonios y los entierros, lo mismo que la beneficencia, y la religión y la moral, han de ser fundados únicamente en los principios naturales de la razón... ese tal os engaña, os seduce, os corrompe; no le creáis; es un *propagador de las doctrinas racionalistas*, es un secularizador de las leyes, de la política, de la administración, de la enseñanza, de la beneficencia, de la religión y de la moral; es un agente de Lucifer; es enemigo de Cristo.

Si alguno dijera que es un gran progreso en los pueblos la multiplicación de los casinos, círculos, teatros y cafés, y otros centros de sociedad análogos, para que los hombres se comuniquen mutuamente sus ideas y suavicen las penalidades de la vida, especialmente en los días festivos, porque las reuniones propias de la religión son austeras y tienden á enervar los espíritus y á afeminar las costumbres... no le creáis; es demoledor de la vida de familia, es un corruptor del hogar doméstico, es un fomentador de la ociosidad y de los vicios; es, en suma, un enemigo de Cristo.

Si veis que alguno se desata en improperios contra las órdenes religiosas, censurando su vida, su fin, su propagación, y que desea sean abolidos sus privilegios y sometidos sus bienes y rentas á la ad-

ministración y discreción del poder civil... no le creáis; huid de él, porque persigue á la Iglesia y es enemigo de Cristo.

Si veis que algún cristiano habla en gran número de cuestiones pura y netamente como los católicos, pero que en algunas otras piensa y habla como los racionalistas, huid de su trato cuanto podáis, porque es *semirracionalista*, ó *semicatólico*, ó *semiliberal*, que trata de armonizar el espíritu moderno con el espíritu del Evangelio, lo cual es una monstruosidad inconcebible que hace más daño á la Iglesia y á los fieles que todos los furibundos naturalistas, racionalistas, liberales y masones. Ese tal es enemigo de Cristo.

Y no quiero, amados míos, molestaros más, porque sería interminable enumerar los diversos matices, mezclas y medias tintas que en los asuntos dichos están presenciando nuestros ojos, considerando cada cuál que sabe más que su vecino, y más que su cura, y más que los Obispos, y más que la Iglesia entera, aunque ésta se halle regida é iluminada por el Espíritu Santo. ¡Pobres hombres! Y sobre todo, ¡pobres católicos cuando participan de alguno de los errores dichos, forjándose la ilusión de que van camino del cielo!

No olvidemos que, como advierte hoy San Pablo, «*tenemos que luchar, no ya contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los gobernadores de este mundo*»; es decir, contra los espíritus de tinieblas, infundidos en sus inteligencias y en sus corazones, para descatalogarnos, para trastornar el universo, y hacer del pueblo cristiano un pueblo enteramente pagano, ó un pueblo de fieras.

¿Qué hemos de hacer, pues, hallándonos rodeados de tantos y tan poderosos enemigos? El mismo San Pablo lo dice en la Epístola de este día: «*Vestirnos por completo de la universal armadura de Dios*» (*Induite vos armaturam Dei*), con la cual, fortalecidos de pies á cabeza, podamos resistir sus constantes y furiosas acometidas.

Demás de esto, sigamos el mandato de Cristo nuestro Señor, cuando dijo á sus discípulos: «*Guardaos de la doctrina de los fariseos y de los saduceos* (1)»; porque esto, en nuestras circunstancias, equivale á decir: «*Guardaos de la doctrina de los panteístas y deístas; guardaos de los racionalistas y semirracionalistas, de los masones y semimasones; guardaos de los liberales y semiliberales; pero sobre todo, guardaos de los LIBERALES CATÓLICOS, que son el peor género de todos los herejes habidos y por haber.*

Haciendo esto, carísimos hermanos, no hay que temer, porque

(1) Cavete a fermento phariseorum, et sadduceorum. (Matth., XVI, 6 y 12.)

Dios estará con nosotros, y al fin y al cabo, el tiempo es corto, la esperanza larga, y el premio eterno. Bendigamos al Señor por sus infinitas misericordias, y estemos seguros que después del combate de esta vida, tendremos regocijo perpetuo y corona eterna por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 2.^a

Para el Domingo XXI después de Pentecostés.

Continuación del combate espiritual cristiano.

HERMANOS míos amadísimos: La vida del buen cristiano sobre la tierra, no es vida de sosiego y de inacción, sino de pelea y de continuo movimiento. (*Militia est vita hominis*. Job, VII, 1.) Hoy más que nunca tiene aplicación esta verdad aterradora, y por eso hoy más que nunca conviene que nos fijemos en la Epístola de la presente Dominica. En ella nos declara San Pablo que «*tenemos que luchar, no ya contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los gobernadores de tinieblas de este mundo y contra los espíritus de iniquidad*». (Ephes., VI, 10-11-12.)

Mas como nosotros, con nuestras solas fuerzas, nada podemos hacer, he aquí por qué el mismo Apóstol, divinamente inspirado, añade á continuación: «*Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y estar firmes y provistos de todo. Estad, pues, firmes; que la verdad ciña vuestros lomos y sea vuestra coraza la justicia. Tened también calzados los pies, para estar prontos á predicar el Evangelio de la paz. Sobre todo, abrazad el escudo de la fe, para que con él podáis apagar todos los encendidos dardos del espíritu maligno. Tomad igualmente el yelmo de la salud y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios.*» (Ephes., VI, 13 á 17.)

Muchas cosas y muy importantes hay que notar aquí, amados